

Comentarios

MAYOR, J., y PINILLOS, J. L. (1989): *Tratado de Psicología General. 1. Historia, teoría y método*. (Coordinadores de este tomo 1: J. ARNAU y H. CARPINTEIRO). Madrid, Alhambra.

MAYOR, J., y PINILLOS, J. L. (1989): *Tratado de Psicología General. 2. Aprendizaje y condicionamiento*. (Coordinadores de este tomo 2: R. BAYÉS y J. L. PINILLOS). Madrid, Alhambra.

Nos encontramos con los dos primeros tomos del reciente *Tratado de Psicología General*, que ya hemos reseñado, de la colección Alhambra Universidad.

Tiene el primero —*Historia, teoría y método*— XIV-698 pp. La lista de sus autores es larga. Haremos un breve repaso con especial atención a las cuestiones que más puedan interesar a los lectores de trabajo social.

Se abre esta lista con una Introducción sobre la perplejidad que nos produce esa multiplicidad de psicologías frente a su denominador —por lo menos en cuanto al nombre— quizás algo más común. Se tratan aquí dos cuestiones: la del problema de la identidad de la psicología y la de su unidad y diversidad.

De la primera se ocupan los Profesores J. Mayor y J. Pérez Ríos. Después de una exposición sobre las aproximaciones convencionales —histórica, sistemática y pragmática— al concepto de Psicología y sobre sus diversidades desde los ámbitos interdisciplinar e intradisciplinar, en donde J. Mayor demuestra una vez más su capacidad de síntesis unida al enfoque original de las cuestiones, que ilustra con algunos cuadros y gráficas suyas muy claras y didácticas, los autores tiene el mérito de haber establecido —en las sesenta y siete páginas de esta primera parte—, con una concienzuda selección de documentos representativos y bien recientes de las tendencias fundamentales (Altman, 1978; Staats, 1983; Ardila, 1988; Hillner, 1987; Baker, 1987), la posibilidad de una verdadera integración de la diversidad utilizando el marco conceptual de la teoría general de sistemas y, a nuestro juicio, quizás también es clave el acierto de haber aprovechado la confrontación, como dos perspectivas integrables, de los contextos de la justificación y del descubrimiento.

En la segunda parte —sobre la unidad y diversidad de la Psicología—, el profesor Yela demuestra, acompañando sus propias reflexiones con una documentación amplia y fundamental, tanto clásica como reciente, que las dos orientaciones generales que destacan en la historia de la psicología —la que parte de la conciencia y la mente, o subraya o admite su estudio, y la que se atiene lo más estrictamente posible a la indagación de la conducta externamente observable— confluyen hacia la concepción unitaria de la psicología.

De algunos aspectos que se tratan —a lo largo de toda la introducción— en relación con la psicología humanista, podrán sacar consideraciones muy provechosas los futuros trabajadores sociales y los profesionales mismos.

Siguen a esta Introducción trece capítulos de Historia de la Psicología con un total de 324 páginas y una información muy completa sucintamente expuesta y clara. Señalamos especialmente, para los trabajadores sociales, el capítulo sobre las escuelas de psicología profunda —de A. Ferrándiz— y el de los neoconductivismos —de J. B. Fuentes y E. Lafuente—, sobre todo el neoconductismo radical skinneriano. Estamos seguros de que será también una feliz tentación para todos leer los demás capítulos de la Historia (La psicología filosófica, desde Aristóteles

hasta la época de Wundt, por E. Pérez Delgado; Estructuralismo y funcionalismo, por F. M. Tortosa; las psicologías objetivas: reflexología, conductismo, por J. M. Gondra; La psicología de la Gestalt, por A. Caparrós, F. Gabuccio, B. Anguera y M. C. Jiménez) y recomendamos especialmente, dentro de la psicología contemporánea —de J. Carpintero—, las insuficiencias en el rol profesional del psicólogo (donde se afirma, citando a Woods, que, de igual modo que la psicología ha vacilado en situarse entre las ciencias naturales o entre las sociales, la figura del psicólogo ha oscilado entre el polo de «trabajador social» y el de «científico natural»), la aportación de Skinner, la modificación de conducta, Piaget y su influencia, el aprendizaje observacional o vicario y la teoría del aprendizaje social de Bandura. Muy interesantes y prácticos, la tabla cronológica y el cuadro sinóptico de la Historia de la Psicología, de L. García Vega y J. Moya (pp. 313-327). Para los que se sientan llamados a la investigación en Psicología, el capítulo sobre el uso de instrumentos en la investigación psicológica —de Quiñones, J. García y M.^a J. Pedraja— será bastante orientador. «La comunicación científica en Psicología: Producción y disseminación de la información» —un capítulo de L. Montoro y E. J. Carbonell— puede ampliar el libro, también de Alhambra, que reseñamos en este mismo número sobre «Introducción a la Información y Documentación Científica». En cuanto a la psicología por países, hay otros nuevos focos de interés: En primer lugar, el capítulo sobre la psicología soviética —de V. Mestre— y el capítulo sobre la psicología en Iberoamérica —de R. Ardila— (puesto que aquí, además de con médicos y educadores, los psicólogos latinoamericanos se relacionan frecuentemente con trabajadores sociales, con estadísticos, ingenieros, antropólogos, sociólogos, economistas e incluso historiadores y matemáticos, siendo esta relación casi siempre positiva, especialmente —como dice el mismo Ardila— en el caso de los trabajadores sociales). Y en segundo lugar, por razones obvias, el capítulo —de H. carpintero— sobre la psicología en España.

A continuación de la Historia, cinco capítulos más sobre Teoría y Método ponen fin al tomo primero del Tratado. Al primero, sobre El método científico en psicología —de J. Mayor— siguen otros sobre cuestiones más especializadas, como Explicación y causalidad: Enfoques y alternativas —de R. Moreno—, Hacia una representación conceptual: Teorías y modelos —de M.^a T. Anguera—, Metodología de la investigación y diseño —de J. Arnau— y Metaanálisis: Una alternativa metodológica a las revisiones tradicionales de la investigación —de J. Sánchez y M. Ato—. En el capítulo de El método científico procede destacar, en nuestro caso, el tratamiento de las alternativas metodológicas —fenomenología, hermenéutica, estructuralismo y dialéctica— a la psicología como ciencia positiva, pues, como dice el autor en su libro sobre *Psicología de la Educación* (p. 45), el que sea cierto que, a pesar de sus limitaciones y de su reconocida insuficiencia para abordar toda la problemática psicológica, el método científico-positivo es, hoy por hoy, el más completo y más seguro instrumento de conocimiento científico, no nos exime de explorar otras alternativas metodológicas científicas (o no científicas) —el paréntesis es también del autor—. Es tal vez una consecuencia de su espíritu abierto y su dialéctica. A lo largo del capítulo se puede ir observando su tendencia a integrar los diferentes métodos que se venían analizando como opuestos dialécticamente entre sí hasta la interacción y la convergencia metodológica como el tratamiento más adecuado para la complejidad organizada, y nada, probablemente, alcanza mayor grado de complejidad organizada que la actividad humana. Por ello, bien han hecho los directores de la obra en colocar al final de la Historia —de ese otro

desarrollo dialéctico— las cuestiones de la teoría y del método, lo cual da un carácter algo novedoso a este primer tomo del Tratado.

En cuanto al segundo tomo —Aprendizaje y condicionamiento—, XII-512 páginas recogen con toda claridad y precisión las cuestiones fundamentales y de palpitante actualidad de la materia. Ya el título suscita un sesgo importante del libro, quizás el que le viene impuesto por esa visión —a manera de epílogo— del último capítulo —Aprender y entender—. La psicología del aprendizaje, como dice el autor de dicho capítulo, J. L. Pinillos, ha hecho una larga marcha teórica de la mano del asociacionismo, cuenta con un repertorio de problemas relativamente unitario, posee un notable acervo de técnicas propias y, en su conjunto, constituye una esfera del saber psicológico —casi un paradigma—, de cuya entidad es difícil dudar; los problemas surgen a la hora de establecer sus límites y relaciones con otras especialidades limítrofes. Una de estas especialidades podría ser la psicología de la inteligencia o del pensamiento. Y, aunque puede haber otras, Pinillos dedica a ésta su epílogo porque es la que más fácilmente puede caer en el tópico reduccionista (sin que esto quiera decir que sea difícil su defensa, hay motivos de otro tipo que pueden explicar la facilidad aludida). Pero, en realidad, «muchas de las dificultades con que tropiezan los psicólogos del aprendizaje para definir su campo de trabajo, provienen precisamente de pretender incluir en él aspectos del comportamiento que en realidad le son ajenos». Más detalles sobre la exposición de estos límites del aprendizaje se verán con provecho —hasta de los profesionales más prácticos— en este capítulo final del libro. Y decimos que hasta para los profesionales más prácticos será provechosa su lectura porque «si los procesos cognitivos fueran exclusivamente lo que pretenden algunos psicólogos del aprendizaje, jamás habría habido —son palabras del autor— psicología del aprendizaje». La fuerza de sus palabras emana de la vieja competencia que su autor (pionero del aprendizaje en España —ahí están *«La mente humana»*, de 1970, y *«Principios de psicología»*, 1975, por no citar otros escritos dispersos— y aprendiz, al final, de todo lo que el libro aporta sobre el aprendizaje) para poder hablar —por si alguien duda— con conocimiento y dominio del campo.

Ahora bien, con ser práctico, aun para los profesionales más prácticos, este último capítulo —por las razones que damos y otras que ahora no podemos dar—, tenemos que recomendar, con un carácter más directamente práctico para nuestros trabajadores sociales, capítulos como el de J. Cruz sobre el condicionamiento instrumental aversivo o el de V. M. Alcaraz sobre interacciones operantes respondientes. Hay otros que, además de prácticos, tienen una especial relación con el interés de nuestros profesionales, nos referimos al Aprendizaje vicario, de E. Garrido, por el destacado tratamiento que da a la teoría social cognitiva de Bandura, y, por razones obvias, al capítulo sobre Procesos cognitivos y condicionamiento humano, de E. Huertas. Por su más notoria relación con el trabajo social y por su especial actualidad y raro tratamiento en otras publicaciones españolas, recomendamos en esta misma línea práctica el capítulo sobre la Indefesión Aprendida (IA) —de A. Ferrándiz—. Se ha propuesto este fenómeno de la IA como modelo explicativo de una serie de trastornos conductuales desde la depresión (Seligman, 1975; Peterson y otros, 1981) hasta trastornos conductuales debidos a agresiones físicas tales como robo y violación (Peterson y otros, 1983); igualmente se ha tratado de explicar con la IA el alto porcentaje de muertes en las instituciones (Langer y Rodin, 1976) o los fracasos escolares (Luchow y otros, 1985; Kennelly y Nount, 1985), etc.

Por las mismas razones que el de A. Ferrándiz —e, incluso, más acentuadas— recomendamos también el capítulo sobre el aprendizaje de los sistemas biológicos de respuestas —de R. Bayés (que ya viene trabajando desde hace años en el tema)—. En la actualidad se admite, cada día con mayor vigor, que incluso los trastornos y enfermedades cuya etiología se encuentra mejor delimitada constituyen el resultado final de complejas interrelaciones entre el germen, sustancia o condición patógena, por una parte, y variables genéticas, nerviosas, conductuales, endocrinas e inmunológicas, por otra (Ahlquist, 1985; Cunningham, 1981; Solomon, 1981). El autor se propone, en vista de ello, señalar la relevancia de los paradigmas de condicionamiento y aprendizaje revisados en los capítulos anteriores para explicar ese funcionamiento de los denominados sistemas biológicos, del que, por otra parte, da cuenta la *Psiconeuroinmunología* (Ader y Cohen, 1985). En el capítulo se dedican algunas páginas a este reciente campo pluridisciplinar y se recuerda, en conclusión, que el buen consejo médico en la fase aguda de la enfermedad y el apoyo psicológico en la fase crónica pueden ser tan importantes para el desenlace final como muchas otras medidas terapéuticas convencionales.

Dos capítulos más presentan una verdadera novedad —en los tratados al uso sobre aprendizaje— con la intervención de dos profesores del «Institut Nacional d'Educació Física de Catalunya» sobre el aprendizaje perceptivo —J. Roca— y el aprendizaje motor —J. Riera.

Finalmente, los primeros capítulos —Un análisis histórico y conceptual de las teorías del aprendizaje, de E. Ribes; Comportamiento reflejo, de J. J. Campos; Condicionamiento clásico, de L. Aguado—, que podrían parecer más alejados del interés práctico, constituyen, con sus más de 150 páginas de apretado, profundo y actualizado estudio y algunas interesantes ilustraciones gráficas, una importante base de la teoría en tema tan fundamental para la psicología y su ejercicio —tanto si trata de psicólogos como de trabajadores sociales y profesiones afines—, como el del aprendizaje. No puede haber, en efecto, fecunda práctica sin teoría profunda.

ANTONIO SÁNCHEZ ARJONA

MAYOR, J.: *Manual de Educación Especial*, Madrid, 1988. Anaya.

Los Trabajadores Sociales conocen bien, si no el papel que tienen asignado en la Educación Especial, sí, al menos, que tienen algún papel que hacer en ella. Cuando en España se elaboró el Plan de Educación Especial, la ponencia tercera, dedicada a personal, consideraba que un modelo normalizado de Educación Especial debía tener muy en cuenta la adaptación y subordinación de los profesionales implicados, entendiéndolo que si el alumno era el centro de atención, a su alrededor, en el círculo más próximo, deberían estar los padres y los profesionales de educación y, en un círculo extremo, situarse los diferentes especialistas: médico, psicólogo, trabajador social, logopeda, fisioterapeuta, etc. De acuerdo con ello, al publicarse, en 1982, dicho Plan Nacional de Educación Especial (P.N.E.E.), los Trabajadores Sociales —entonces todavía «Asistentes Sociales»— ocupaban, dentro del Servicio de Valoración y Asesoramiento, el primer puesto en Detección y Despistaje y, en Valoración, Orientación y Seguimiento y Estimulación Precoz Escolar, el tercero entre un total de 7 y 6 profesionales.

Es evidente, por tanto, que el tema de la Educación Especial puede constituir un notable centro de interés para los Trabajadores Sociales, y a proporcionarles la